



ASTRONAUTAS DE LA LIBERTAD

Desde luego hay muy pocas cosas que se me ocurran a mí. Pero hay una, sobre todo, que jamás se me hubiera ocurrido: que llegase un día de la Edad Contemporánea en el que estuviésemos a la derecha de Portugal. Con esto no trato de relatar ninguna tragedia histórica, sino de referir mi drama personal. Yo era como aquel sabio que «tan pobre y mísero estaba». Pero, amigo, cuando volvía el rostro hallaba la respuesta viendo a los portugueses que recogían las hierbas democráticas que yo arrojaba. Esta era la situación. Era «la fija», como suele decirse. Estábamos insertos en una especie de orden inflexible en el que todas las naciones del mundo se liberaban de sus complejos por transferencia, como el sabio de la fábula. Los norteamericanos transferían sus complejos a los alemanes; los alemanes, a los franceses; los franceses, a los españoles, y los españoles, a los portugueses, que eran los que bajaban a segunda división. Una gran corriente de sacrifi-

cio psíquico iba derivando de individuo nacional en individuo nacional hasta concentrarse en Portugal. Así estábamos organizados. Pero de pronto llega el portugués del monóculo y rompe la instalación. Le quitó la sábana al fantasma y debajo no había nada. Y aquí es donde veo yo lo más grave de todo. Es como si alguien se lanza violentamente contra una puerta que se abre por propia iniciativa al llegar a ella.

Spínola y el pueblo portugués no han chocado contra nada, detrás de la puerta no había más que el vacío. Ahora mismo flotan en los espacios siderales de la política, sin saber muy bien si están cabeza abajo o cabeza arriba. Son los astronautas de la libertad. Tarde o temprano habrán de reingresar en la atmósfera, someterse a las leyes de la gravitación. Entonces es cuando sabrán si son libres o no. Durante los primeros cinco minutos, un hombre siempre se siente libre en el desierto. Si Caetano era el Faraón, no es difícil que aparezca un Moisés. Y nunca se sabe qué es peor. El Faraón empuja hacia el desierto, y Moisés empieza a hacer un milagro detrás de otro, que no hay quien lo aguante. Porque así, cualquiera. Claro que esto es pura filosofía, como si dijéramos. Dígase lo que «dígame», los que bajamos ahora a segunda división somos los españoles.

LICANTROPO

